

## Retrato de un zorro político

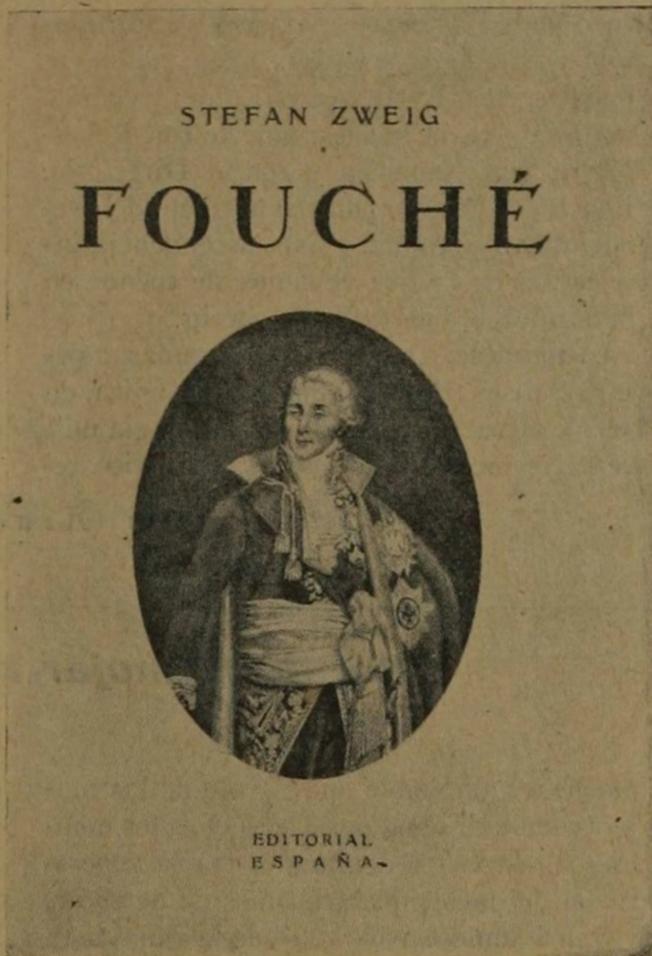
= De La Nación. Buenos Aires =

Entre el aluvión de biografías que desde la guerra grande ha inundado los mercados literarios pocas habrá tan interesantes como la de Joseph Fouché, por el austriaco Stefan Sweig, publicada recientemente en español. Mientras en la mayor parte de las biografías que ahora se escriben la vida de los personajes tiende a degenerar en mala novela—y por mala novela entiendo aquella en que el mundo de la peripecia exterior obscurece y anula el mundo de los móviles—, en esta biografía de Sweig lo que fascina no es la historia externa de Fouché, sino su tipología política.

Y eso que Sweig se queda corto en la clasificación psicológica del siniestro personaje. La tesis de su *Fouché*—esbozada en el prólogo—es que en política dominan “rara vez las figuras superiores, los hombres de ideas puras; la verdadera eficacia está en manos de otros hombres inferiores, aunque más hábiles: en las figuras de segundo término”. De esta categoría fueron—ejemplariza Sweig—las figuras que decidieron sobre la guerra y la paz entre 1914 y 1918, “hombres anónimos del más equívoco carácter y de la inteligencia más precaria”. Y, sin embargo, Balzac había dicho antes de Fouché—y sus palabras, las primeras que le enaltecen, son las que despertan la curiosidad de Stefan Sweig y le inducen a estudiar a fondo la vida del gran ministro de la Policía—, Balzac había dicho que Fouché fue “el único ministro que tuvo Napoleón”, “un genio singular”, “la cabeza más fuerte que yo conozco”, dotado de “más poder sobre los hombres que el mismo Napoleón”. No se valora así a los hombres inferiores. O no se acepta la valoración balzaciana.

Esta oscilación del juicio no le impide a Sweig destacar este hecho, comprobado constantemente: que la historia no la hacen siempre, ni siquiera principalmente, las figuras del primer término, y que, por lo tanto, la historia, tal como hasta ahora se ha solido escribir, desde Plutarco, la historia dominada por las grandes primeras figuras, que muchas veces no son más que figuras instrumentales de las secundarias, no es la verdadera historia.

Los pueblos jóvenes y las nuevas generaciones juveniles necesitan esa interpretación heroica para alimentar su entusiasmo intermitente y satisfacer su instinto gregario, ávido de guías y caudillos. Pero el hombre maduro hará bien en explorar los escondrijos de la historia y sacar de la sombra a sus auténticos artífices para convenirse de que también en la historia de su tiempo estas figuras del segundo término y de la borrosa penumbra son las que dan la pauta y las que permanecen en medio de los cambios más radicales, mientras las más visibles y egregias desaparecen, barridas por la propia tempestad que ellas han des-



atado y acaso, a veces, con la colaboración de esos oscuros auxiliares a quienes sus contemporáneos rara vez conceden la debida importancia.

En las grandes revoluciones es donde estos segundones políticos encuentran su clima moral más favorable. En la francesa hubo muchos, que sólo recientemente han empezado a merecer un estudio detenido. Uno de ellos fue el capitán de artillería Choderlos de Laclos, más conocido como autor de la novela *Liaisons dangereuses*, que en su tiempo tuvo gran boga. Laclos organizó el gran pánico de 1789, pocos días después de la toma de la Bastilla. Era preciso levantar en armas a las provincias, en previsión de que la monarquía quisiera resistir. La idea republicana no era aun suficiente para movilizar a todo el pueblo francés, pero sí lo fue el infundio de que unos cuantos millares de bandidos se aprestaban a saquear, en todo el país, a la población indefensa.

Este embuste genial se le ocurrió a Laclos, que se lo expuso por primera vez a sus compañeros del club bretón—el verdadero núcleo de la Revolución Francesa—y de allí fue difundido, en correos especiales, por todas las provincias. El instinto de la propiedad amenazada armó a tres o cuatro millones de franceses en muy pocas semanas. (En nuestro tiempo este mito de bandiderismo lo han transformado algunos gobiernos en el mito del bolcheviquismo). Y cuando se agotó el fantasma de los bandidos, Laclos inventó otro: el de una imaginaria invasión extranjera, ingleses, sardos y saboyanos, españoles y alemanes, para sofocar la revolución naciente. (Este fan-

tasma ha servido asimismo de sostén a la revolución rusa; sólo que los ejércitos de Denikin, Kolchack, etc., no eran del todo fantásticos). Finalmente, Laclos—demagogo, pero al mismo tiempo secretario del Duque de Orleans, el candidato al trono de Francia—incita a esa burguesía provinciana en armas a asaltar los castillos feudales, quemar sus archivos y apoderarse de sus propiedades. El gran pánico traza su ciclo revolucionario y concluye en la gran expropiación.

En su libro reciente, *La revolution russe*—el mejor tratado hasta hoy de la teoría y práctica de las grandes revoluciones modernas—, Henry Rollin dice de Choderlos de Laclos que es el “que da impulso a la revolución, el líder secreto de los jacobinos, el precursor de Talleyrand, el rival de Dumouriez y verdadero organizador de la victoria de Valmy, el autor del proyecto contra los ingleses en la India, el inventor del obús, personaje extraordinario cuya influencia misteriosa fue tal vez mucho más profunda que la de ciertas *vedettes* de la revolución”.

De esta estirpe de segundones políticos ninguno, sin embargo, tan misterioso ni tan poderoso como José Fouché. Ningún principio moral ni político le detiene. La curva de su oportunismo es rápida, vertiginosa, cuando así le conviene. Todavía religioso—con órdenes menores—en 1790, publica en 1793 el primer manifiesto comunista europeo, en la *Instrucción de Lyon*, y practica un exaltado comunismo antirreligioso y antiburgués en los territorios del Loira que la Convención le ha confiado, en funciones casi de procónsul. No es sanguinario por temperamento; pero en Lyon ametralla—en adelante se le conocerá por el “ametrallor de Lyon”—a 1600 personas en pocas semanas, matándolas en masa, a cañonazos, porque la guillotina es demasiado lenta. Ha sido amigo de Robespierre y novio de una de sus hermanas—cuyo antiguo amor acaso utiliza como calmante la víspera misma en que el dictador iba a señalar su cabeza, y él aprovecha ese momento de su indecisión o debilidad para arrastrarlo a la guillotina. Y no sólo se deshace de Robespierre, sino de Napoleón, cuando ya no le sirve, y del Directorio, cuando vende la República a Luis XVIII—el hermano de Luis XVI, cuya sentencia de muerte votó años antes—por conservar la cartera casi vitalicia, de ministro de la Policía.

Su vida privada es la austeridad misma; pero aprovecha el surgimiento de la nueva burguesía, en el declive de la revolución, para hacerse millonario. Conoce la vanidad de los títulos de nobleza; pero se hace nombrar Duque de Otranto. Parece servir a todos, y en realidad sólo sirve a su infinita ambición de poder. Sólo que en él esta